

## Dos contrapuntos\*

**D**ado que las cosas suelen iluminarse por comparación, comparemos: Machado en España y en el exilio. Pero antes, a manera de pórtico, una cita, a mi entender adecuada para ir entrando en materia, de Juan Luis Vives, en concreto del tercer libro de su puntual y bien fundado tratado *De concordia et discordia in humano genere*, traducida por Luciano Sánchez Gallego para Séneca al conmemorarse el cuarto centenario de su muerte, obra actual, ayer y hoy, por mor de su acendrado humanismo y, en especial, «a causa de las continuas guerras —son las primeras palabras del texto— que, con increíble fecundidad, han ido naciendo unas de otras». Vives decía:

Y no es solamente que el enemigo saquee al enemigo: es que todo militar armado saquea al que encuentra, sin perdonar a los neutrales, ni a los aliados, ni a sus conciudadanos, robándoles, no ocultamente a estilo de ladrón, sino públicamente y con malos tratos, como enemigo<sup>1</sup>.

Antonio Machado, enemigo convicto por republicano confeso, fue algo así como perdonado *post-mortem*, lo que no le evitaría una inútil purga, pretendidamente humillante, del escalafón docente, y a impulsos de una planificada maniobra, presentada en calidad de imposible iniciativa particular, cambiado a las bravas y de repente de consideración, trastocado de *enemigo* en *amigo* y de ajeno en *nuestro*, en prodigiosa manifestación del arte del escamoteo y la proverbial facundia del Nuevo Régimen, que hizo de su Victoria, a juzgar por las trazas, también, y entre otras muchas cosas, facultad de invento y reinterpretación.

Mago, cabalista, zahorí, jorguín o cohen, en cualquier caso consumado, se reveló para la oportunidad Dionisio Ridruejo, avalado en la tarea por una dilatada experiencia a la cabeza de la imaginativa Delegación de Prensa

\* Anticipo de la obra José Bergamín y la Editorial Séneca. México, 1940-1949. Los comienzos del exilio, que publicará Ediciones Turner.

<sup>1</sup> Séneca, 1940 (Col. Arbol). Pág. 203.

y Propaganda nacional-sindicalista durante la guerra, en atinado y altisonante juicio a la sazón autodefinido «escritor falangista con jerarquía de gobierno»<sup>2</sup>, condición sobrepuesta a la de «poeta joven» que escribiría «este prólogo... para el libro de un maestro muy amado». Y es que se trata de eso: de las supuestas *Poesías completas* de don Antonio Machado en la España Triunfal, impresa en Madrid, a costa de Espasa-Calpe, en 1940, núm. 149 de su popular «Colección Austral».

Ahíta la Causa de nombre de indiscutido prestigio y amplitud de resonancias, sus desatentos oráculos, dados a la técnica de la cábala, encontraron lo inencontrable y, además, se apresuraron a descubrirlo. Según Ridruejo, el disparate de que Machado era *suyo* se les apareció (a los falangistas) nada menos que en el apocalipsis del Burgos bélico. Naturalmente, y a modo de contraste con sus usos (más adelante se comprobará), no quitaré punto ni añadiré coma; la cita, por consiguiente, es textual, aunque parezca increíble:

Cuando las revistas y los folletos llegaban a nuestras manos, allá, en Burgos, nos esforzábamos —y no pocas veces con harta razón— por encontrar nuestro y no rojo su mundo conceptual, los propios argumentos y tesis con que a los rojos creía servir. Recuerdo haber saltado de gozo una vez, con otros falangistas, al descubrir un artículo que era —hasta en el vocabulario y el estilo— del todo atribuible a nuestra fuente más pura<sup>3</sup>.

Y de ahí, al socaire de los mentados descubrimientos falangistas, entre salto y salto, o quizás al amparo de las excursiones aéreas, tirando del tal ovillo a base de silogismos, Ridruejo se fabricó, para uso autárquico, un don Antonio «moralmente secuestrado» por esa escoria roja a la que creía servir, y en realidad, sin saberlo, repudiaba. «Hay que rescatarlo», escribió que se decían, «y lo decíamos con emoción y dolor». «Y así hubiera sido... de vivir», se permite añadir, sumando a la falta de respeto una crecida dosis de altanera desfachatez.

Patente para el prologuista —escritor con jerarquía de gobierno— el arraigo patriótico—popular de los rebeldes, y ahitos de partidarios la camarilla que usufructuaba el gobierno de la República, los tres años de resistencia bélica obedecerían a su habilidad para «allegar fuerzas por malas artes»: las de la coacción, único germen aglutinante de «la gran población roja», una masa —distinguía— sometida a dos tipos de presión y, en consecuencia, integrada por «dos géneros de hombres». Obviamente, la literalidad se impone de nuevo:

... los sometidos por la fuerza bruta, por el miedo a represalias de todo orden, y los moralmente secuestrados por la hábil explotación de sus fibras más débiles. De aquí la apariencia polifacética de aquella política roja, tan pronto comunista por Rusia, como democrática en alquiler a las plutocracias de Europa y América, como

<sup>2</sup> Antonio Machado, *Poesías completas. Prólogo de Dionisio Ridruejo*. Madrid, Espasa Calpe, 1941. El prólogo de Ridruejo fue anticipado por la revista Escorial: «El poeta rescatado», núm. 1, noviembre de 1940 (págs. 93-100). Cita, pág. VII.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. XIII.

católica frente a todos los bobos ojitiernos del globo. A cada uno se le atrapaba a su modo, y si se contaba con la concurrencia de la senilidad, el hábito de la incomunicación y una cierta incapacidad para el entendimiento del mundo real, tanto más fácil era el negocio<sup>4</sup>.

La última andanada iba por *el poeta rescatado*: senil, apartadizo o cena a oscuras y, por remate, incapaz para el discernimiento, que no era precisamente llamarle listo. Menos mal que el susodicho prólogo también se escribía, ortodoxias aparte, desde la *ternura* y la *devoción* del discípulo infantil al maestro bienamado<sup>5</sup>. Menos mal, menos mal.

Adscrito, pues, a la lista de los «secuestrados morales», Antonio Machado encarnaría el tremendo caso del *propagandista propagandeado*, por mor de su proverbial ingenuidad atrapado en las densas mallas de la patraña y, al vaivén de sus redes, sumado al coro del orfeón difusor de la confusión. Qué le vamos a hacer, *no debió serlo, pero fue un enemigo*. Por confusión.

Habría que remontarse a los manuales más rancios de la más fosilizada pseudológica tomista para encontrar razonamientos aparentes tan clamorosos: ser elemental, don Antonio carecía de ideas políticas; tenía, si acaso, *sentimientos*, y pues la *batalla* de su tiempo fue la de las libertades y el progreso, *libertario* (de libertad libertario, ¿a qué responde esa asociación mecánica?) y *progresista* resultó el hombre, el pobre hombre, «anacrónico superviviente de una cuestión pasada». *Por confusión y hay que rescatarlo* se convierten en los motivos fundamentales del prólogo y, en general, de toda la maniobra.

«Nadie podría decir, por tanto, que don Antonio fuese rojo», reza la conclusión, rematada (y nunca mejor dicho) por dos corolarios inferidos de la nada y predicados sobre el silencio: el mote de *rojo*, empleado con un «mínimo rigor», le caería ancho, pues no era comunista, lo «nos consta, como nos consta que no era fascista», guirigay argumentativo, basado en continuas reducciones falsificadoras (el hecho *de no ser* comunista, ¿invalidaba su republicanismo?; *no ser* comunista y *no ser* fascista, ¿eran la misma cosa? ¿No existían otras mil opciones ideológicas?), destinada a desembocar en esta apoteosis o traca final:

En él había elementos por los que unos y otros podían tirar del hilo, y, sacando el ovillo, llevárselo a su campo, y nada más. La fatalidad quiso que el hilo quedase geográficamente al alcance de la mano del enemigo y que el gran poeta pasase así a ser un elemento más de ataque, una pieza más de confusión<sup>6</sup>.

No cabe peor andanada: de senil a apartadizo, de apartadizo a incapaz, de incapaz a lelo, de lelo a mecanicista, de mecanicista a anacrónico, de anacrónico a potencialmente fascista domesticado y tirado de un hilo en sentido contrario por aquel penoso accidente del determinismo geográfico. Menos mal, insisto, que Ridruejo escribía desde la devoción y el cariño.

<sup>4</sup> Ibidem, pág. VIII.

<sup>5</sup> *Discípulo con diez años de Antonio Machado en el Instituto de Segovia, el prólogo se abre con una risueña protesta de tierna devoción filial. Me parece, y no dudo en apuntarlo, que se trata de una argucia —otra— táctica, un elemento útil para otorgar crédito a la manipuladora intención de fondo.*

<sup>6</sup> Ibidem, pág. X.

Sólo le faltaba perdonarle y ni siquiera se privó de tamaña altisonancia: «... si algo malo hubo, absolvámoslo de todo corazón y echémoselo —como me contaba Cossío que decía Jarnés— sobre la conciencia al pelmazo de Juan de Mairena y no al bueno y entrañable y triste don Antonio».

*Juan de Mairena*: salió otra de «las bichas». Remediable, con azul voluntad y certeros tijeretazos, el asunto de las poesías, el de las prosas, se mira-se por donde se mirase, carecía de solución. Pues éstas contravenían ese delicado andamiaje del vate ingenuo y manipulado, colgado de famélicos hilos, ahora se imponía la frívolización, y para colmo, la cadavérica pseudobroma de imputar la censura al propósito de hacerle un favor: insustancial y tontorrón aquella parte de su obra, se olvidaba y en paz. ¿Machado prosista? ¿Machado hombre de ideas? Qué cosas, ¡por Dios! Poeta grande de la España eterna, procedía proclamarlo «gran poeta *nuestro*».

Para cerrar tan densísima introducción, otra referencia humorística: «murió don Antonio en tierra de Francia», en esa tierra de Francia, por cierto y como quien no quiere la cosa, «a quien Dios perdone, ya que los hombres le han dado su castigo». ¿Qué castigo y qué hombres? Es de suponer que Ridruejo se refería a los nazis, porque las tropas de Hitler ya habían plantado sus botas en el corazón de París y dominaban la nación vecina de costa a costa y de Norte a Sur, para desgracia, en varios casos irreversible, de los refugiados españoles, por vivos, irrecuperables, cual demuestran los sórdidos casos de Luis Companys o Julián Zugazagoitia, detenidos y entregados a las autoridades franquistas, que se apresuraron a eliminarlos: los mató, para purificarlos, supongo que hubiera explicado Ridruejo, «la España que él (Machado) quizá vio y entendió en esa hora grave y ligera, espesa y luminosa, cuando él dormía el sueño no contado (alambique expresivo que se refiere a la muerte) y Dios *estaba despierto*». Fin del prólogo, fechado en Madrid y en octubre de mil novecientos cuarenta. Ahora empezaba la segunda parte.

O sea, la de las *Poesías Completas*. Recuérdese la cita de Juan Luis Vives: al enemigo, y aún a los neutrales, o inclusive a los aliados, se les saquea, no con disimulo, sino de manera pública y desde la prepotencia. Pues eso.

En primer lugar, nada de *Poesías Completas*: faltan las de la guerra, como cabía esperar (impensable la publicación, por ejemplo, de la oda a Lister o la elegía por el crimen de García Lorca, a qué tal título, de sobra sabido falso); no faltan, en cambio, los tijeretazos, enderezados sobre todo contra *De un cancionero apócrifo* y las condenadas reflexiones, tan hondas, de Abel Martín y Juan de Mairena. En fin, siguen un par de más que sobradas muestras, extraídas del cotejo de tres ediciones<sup>7</sup>. Lo que la censura se llevó por delante va en negritas:

<sup>7</sup> Esta de marras (Madrid, Espasa-Calpe, 1941. Págs. 360-7); la segunda edición de sus *Poesías Completas*, anterior a la guerra (Madrid, Espasa-Calpe, 1928. Págs. 379-92); y la de Argentina (Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940. Págs. 307-16). Por descontado, me centro en lo sustancial, al margen de erratas o mínimas variantes.